

Pero lo cierto es que volvió á marcharse por donde había venido... y esto nos dió más contento al bueno de Pipelet y á mí que si nos hubieran regalado diez francos.

— ¿Por qué?

— Sólo el pensar en la cara que iba á poner el comandante, era cosa de morirse de risa... Por de pronto, en lugar de subir á decirle que su *gaya* se había ido... le dejamos esperar y hacer calendarios una hora larga... Subí por fin, llego á la puerta que no estaba más que entornada, la empujo, y se abre con ruido porque rechinaron los goznes. La escalera y la entrada de la puerta estaban oscuras como la noche... y héteme aquí que al punto de entrar me echa los brazos el bueno del comandante y me dice con un tonillo muy almibarado: « ¡Cómo tan tarde, ángel mío!... »

Rodolfo no pudo menos de sonreír, á pesar del serio pensamiento que le dominaba, especialmente al ver la grotesca peluca y el rostro abominable, arrugado y granujiento de la heroína de este lance ridículo.

Madama Pipelet continuó, haciendo unas muecas de alegría que la hacían aún más detestable:

— ¡Jé, jé, jé! ¡vaya, vaya! Pues aun falta lo mejor... Yo no respondí una sola palabra, detuve el aliento y me dejé abrazar del comandante... pero al cabo de un rato el muy grosero me da un empujón, y dice todo espantado con un tono de asco como si le hubiera picado una araña: « ¿Pero quién diablos está aquí? » « Soy yo, comandante, madama Pipelet la portera, y en tal categoría os intimo que recojáis las manos, y que no me agarréis por la cintura ni me llaméis vuestro ángel, diciéndome que vengo tarde. ¡Caramba! ¿y si mi Alfredo estuviese aquí? » « ¿Qué queréis? » me dijo furioso. « Comandante, la señorita acaba de llegar en un coche de alquiler. » « Pues bien, que suba. ¡Habrá estupidez igual! ya os he dicho que la hicieseis subir. » « Ya sé, comandante, que me habéis dicho que la hiciese subir. » « ¿Y entonces por qué?... » « Es que la señorita... » « ¡Explicaos, bruja, de una vez! » « Es que la señorita se ha vuelto por el mismo camino. » « ¡Vamos, sin duda habéis hecho alguna bestialidad! » — gritó más y más enfurecido. — « No, comandante, la señorita no ha bajado del coche: no bien el cochero abrió la portezuela, cuando le dijo que volviese á desandar el camino. » « El coche no debe estar lejos » — gritó el comandante arrojándose hacia la puerta. — « ¿Á dónde vais, si hace una hora que se ha marchado? » — le dije. « ¡Una hora! ¿por qué habéis tardado tanto en avisarme? » — gritó lleno de cólera. — « Porque temíamos incomodaros con la noticia de que esta vez volvíais á quedaros *in albis*. » Chúpate esa, — dije yo para mí. — Así aprenderás á no ponerme otra vez las manos en el pelo de la ropa. « ¿Salid de aquí, marchaos, vieja de los diablos, que no hacéis más que brutalidades! » — volvió á gritar desabrochándose la bata tártara y

arrojando al suelo el gorro griego de terciopelo bordado de oro... ¡Lindo gorro por cierto! ¿Y qué dirémos de la bata? ¡qué bata, santo Dios! turbaba la vista... parecía una luciérnaga...

— ¿Y después no han vuelto por aquí?

— No; pero oiga V. el fin de la historia, dijo madama Pipelet.

VII

LOS TRES PISOS

— El fin de la historia, es éste. Bajé corriendo y encontré á mi Alfredo. Precisamente estaba en nuestro cuarto la portera del 19 y cuando les referí que el comandante me había cogido por la cintura llamándome su ángel, no pudieron tenerse de risa.

En este momento el comandante salió de su cuarto y cerró la puerta, pero como oyó que nos reíamos no se atrevió á bajar, temiendo que nos burláramos de él. En esto la del 19 empezó á decir en voz alta. « Pipelet, ángel mío, ¡cómo tan tarde! »

Quando esto oyó el comandante entró en su cuarto y cerró la puerta con gran estrépito.

Luego abrió muchas veces y hasta que se convenció de que nadie le veía, no se atrevió á salir y eso bajando los escalones de cuatro en cuatro.

— Pero os expusisteis á que no volviese á ocuparos en su servicio.

— No haría tal... Le tenemos cogido por las narices... sabemos en donde vive su *hurgamandera*; y si nos dijese algo le amenazaríamos con descubrir el enredo... Además ¿quién se encargaría de servirlo por doce francos? ¿una mujer de fuera? ¡ya la daríamos buena vida, ya!... En fin, amigo mío, ¿creeréis que el miserable pasó una revista á su leña y la contó y recontó para ver cuantos palos le habíamos quemado?... Yo no tengo la menor duda de que es un señor nuevo, hecho por algún sastre de la noche á la mañana... un quidam, un nadie, un botarate... gastos de gran señor por un lado y economías de zapatero de viejo por otro. En una palabra, yo no le deseo otro mal, pero me alegraré que la tal señorita le haga rabiar tanto que se dé de calabazadas contra las paredes del cuarto. Apostaría algo á que mañana no viene la desconocida, aunque le haya ofrecido venir. Si viene veremos si es morena ó rubia ó que trazas tiene. Pero decidme, caballero, ¿no os parece que habiendo un marido por medio representa un papel muy ridículo? ¡Os confieso que me da lástima el pobrecillo! Pero con vuestro perdón voy á retirar del fuego el puchero porque ya empieza á chillar: es un estofado de vaca capaz de abrir

el apetito á un difunto. Alfredo bebe los aires por este plato y dice que por un estofado haría traición á Francia, ¡ á su querida Francia !... ¡ pobre vejete mío !

Mientras la portera hacía esta digresión doméstica, Rodolfo se entregaba á tristes reflexiones.

La mujer desconocida, ya fuese ó no la marquesa de Harville, había dudado largo tiempo y luchado consigo misma antes de conceder la primera y segunda cita y asustada después por los resultados de su imprudencia, un remordimiento saludable la había impedido acaso cumplir su promesa.

Rodolfo sintió una momentánea angustia al imaginar que la marquesa de Harville podía ser la heroína de esta triste aventura, pues como se verá más adelante había profesado á aquella joven un tiernísimo afecto; pero su amor jamás había salido de los labios, porque quería al marqués de Harville como á un hermano. Preguntábase á sí mismo por qué aberración fatal podía ser sacrificado el marqués de Harville, joven de talento, amante, generoso y tiernamente enamorado de su mujer á un ente tan despreciable y ridículo como el comandante. ¿ Se habría prendado únicamente la marquesa de la bella figura de este hombre ?

Además, Rodolfo sabía que la marquesa de Harville era una mujer de talento, afectuosa, de un carácter elevado, y cuya reputación jamás se había manchado con el menor desliz en su conducta conyugal. Después de haber hecho maduras reflexiones, se persuadió de que no podía ser la mujer de su amigo.

Luego que madama Pipelet terminó sus deberes culinarios, volvió á continuar su coloquio con Rodolfo.

— ¿ Quién vive en el segundo piso ? — preguntó éste á la portera.

— La tía Quiromántica, mujer sin igual para echar los naipes... Lee en las rayas de las manos como en un libro, y vienen á verla muchas personas de cuenta para que les diga la buena ventura... gana más plata de lo que pesa... pero tiene más oficios que el de adivina.

— ¿ En qué más se ocupa ?

— Tiene como si dijéramos un *monte de piedad*.

— ¡ Ah ! ya entiendo... la vecina del cuarto segundo da dinero sobre prendas.

— Cabalito... y menos caro que en el *monte público de piedad*... y con menos embrollos, porque no hay que andar con esa multitud de papeletas, y reconocimientos, y números y contraseñas... nada de eso. Por ejemplo: le traéis una camisa que vale 3 francos, y os presta 10 sueldos; al cabo de ocho días os presentáis con 20 sueldos... y sino se queda con la camisa. No hay cuentas más sencillas y redondas... un niño las entiende. Es de ver las alhajas y prendas que la traen; su cuarto parece un *bazar*. No lo creeríais si os dijese sobre qué

cosas presta algunas veces: yo la he visto prestar dinero sobre un loro... que juraba por cierto como un descosido.

— ¡ Sobre un loro !... ¿ pero qué valor tiene un loro ?

— Á eso voy, tened paciencia. El loro era muy conocido y pertenecía á la viuda de un cartero que vive aquí cerca en la calle de Santa Avoye, y se llama madama Herbelot. Como todos sabían que quería al lorito como á las niñas de sus ojos, la tía Quiromántica la dijo que la prestaría 10 francos sobre el animal, pero que si al cabo de ocho días, á mediodía en punto, no le pagaba los 20 francos... (con el rédito de ley eran 20 francos; ya veis que es cuenta redonda...) y además de los 20 francos los gastos de manutención, daría sin remedio al pajaraco una ensalada de perejil sazónada con arsénico... Atemorizada con esta amenaza, madama Herbelot trajo á la Quiromántica los 20 francos al séptimo día á las doce en punto, y se llevó su animalucho, que por cierto no hacía más que echar blasfemias y sapos y culebras por el pico, de modo que mi Alfredo se ponía á veces colorado porque es la pura modestia... Nada tiene de extraño: su madre era monja y su padre cura párroco... ya sabéis que en tiempo de la Revolución ha habido curas que se casaron con monjas...

— Supongo que la tía Quiromántica no tiene otro oficio.

— No tiene otro si se quiere: pero yo no sé que teje maneje trae á veces entre manos en un cuartito retirado en que nadie entra, excepto Brazo Rojo y una vieja tuerta llamada la Lechuza.

Rodolfo miró con asombro á la portera.

Interpretando ésta la sorpresa de su futuro huésped, le dijo:

— Es un nombre bien raro el de Lechuza ¿ no es verdad ?

— Sí por cierto. ¿ Viene con frecuencia esa mujer ?

— De seis semanas á esta parte sólo la vimos entrar anteayer, y cojeaba un poco.

— ¿ Qué tiene que hacer con la tía Quiromántica ?

— Eso es lo que yo no entiendo; á lo menos en lo que toca al teje maneje del dichoso cuarto en donde sólo entra la Quiromántica con Brazo Rojo y la Lechuza. Sólo he notado que la tuerta trae siempre un lio en el canastillo, y Brazo Rojo otro lio debajo de la capa, pero vuelven á salir sin nada.

— ¿ Sabéis qué contienen esos lios ?

— Ni poco ni mucho: lo único que sé es que cuando suben la escalera despiden un olor infernal de azufre, y de carbón y estaño derretido que apesta, y luego se oye soplar y resoplar como si fuese una fragua. Yo creo que son algunos ingredientes con que prepara sus brujerías la Quiromántica... por lo menos así me lo dijo el señor César Bradamanti que vive en el cuarto tercero; ¡ Ese sí que es un sabio ! Aunque italiano habla el francés como vos y como yo sólo que tiene un si es no es de acento extranjero; pero de todos modos es un sabio completo, que conoce todos los simples... y que saca dientes y muelas,

no por el dinero... nada de eso, sino por el honor... Sí, señor, por el honor; así lo dice á todos los que quieren escucharle. Si tenéis seis muelas malas os sacará las cinco primeras de balde... y sólo os llevará dinero por la sexta. Y



El mismo vende sus drogas en público.

todo esto sin contar con los remedios que vende para todas las enfermedades, como fluxiones de pecho, catarros, y cuantos dolores hay. Él mismo vende sus drogas en público y trae de aprendiz al hijo del arrendatario principal, llamado

el Cojuelo... Nos dice á veces que su amo se ha ido á comprar un caballo y un vestido encarnado para vender sus medicinas en las plazas públicas, y que él, es decir el Cojuelo, se vestirá de trovador y tocará el tambor para llamar la atención de los compradores.

— Me parece harto modesto ese oficio para el hijo de vuestro principal arrendatario.

— Su padre dice que quiere reducirlo á comer tronchos de berza, porque de otro modo acabaría en una horca... y á la verdad es el mico más travieso y maligno que he visto en los días de mi vida... ya hizo más de una travesura al pobre señor César Bradamanti, que es la misma nata de la honradez, y como curó á mi Alfredo de un reumatismo, le tenemos ambos en las telillas del corazón. Pero hay gentes de tan mala lengua, que... no, no puede ser; ¡ sólo el pensarlo me eriza los cabellos! Alfredo dice que si fuese verdad, sería una cosa de presidio.

— ¿ Pero qué hay?

— ¡ Oh! no me atrevo á decíroslo... no, nunca lo diré...

— Bien, pues hablemos de otra cosa.

— Porque, á fe de mujer honrada... decir cosas de este calibre á un joven como vos...

— Pues dejémoslo, madama Pipelet: no se hable del asunto.

— En resumidas cuentas, como vais á ser nuestro huésped, mejor será decíroslo para que sepáis que todo es una impostura. Y como estáis en situación de trabar amistad con el señor Bradamanti, si llegaseis á creer semejantes cuentos renunciarías á su amistad y compañía. Dicese que...

Y la vieja dijo en voz baja algunas palabras á Rodolfo, el cual hizo un gesto de disgusto y de horror.

— ¡ Oh! eso sería espantoso...

— ¿ No es verdad... si fuese cierto? pero todo es murmuración y malquerencia. ¿ Ni como podría ser verdad de un hombre que ha curado el reumatismo de mi Alfredo y que os propone sacaros gratis cinco dientes de seis; de un hombre que tiene sus certificados correspondientes de haber curado á no sé cuantos príncipes de Europa y que paga en la mano cuanto compra? ¡ No! antes moriría que creer semejantes patrañas.

Mientras madama Pipelet desahogaba su indignación contra los calumniadores, pensaba Rodolfo en la carta dirigida á este charlatán, escrita en papel ordinario con letra grande y disfrazada y algo borrada por una lágrima; y en la carta dirigida á este hombre vió Rodolfo un drama terrible. Un presentimiento involuntario le hizo tener por verdaderos los rumores horribles que circulaban acerca del italiano.

— ¡ Ahí viene Alfredo!... — exclamó la portera: — él os dirá como yo que